

MILTON ROSSEL\*

## CUARENTA AÑOS DESPUES

---

NOS HEMOS congregado ahora para conmemorar cuatro decenas en la existencia de la Revista "Atenea". Cuarenta lozanos años. Longevidad poco frecuente en publicaciones como ésta, de la Universidad de Concepción.

Cuarenta años de bregar ininterrumpidamente, atentos sus colaboradores al acontecer cultural de Chile, de América, de la Humanidad. Filosofía, ciencias, letras, artes, de todos los tiempos, con amplitud ilimitada como el horizonte. Un mirar sin reposo las alturas del saber y la belleza. Tal el vigía que atisba espacios desconocidos.

Como en los hogares de antaño, recordemos el tiempo recorrido abriendo el antiguo álbum familiar donde se archivan las estampas de los antepasados. Abramos ese álbum. Lo primero que vemos es al viejo patriarca, todo ileno de sabiduría y de bondad, soñadora la mirada, dulce el semblante. Allí está quien ha sido el padre para algunos, el abuelo para otros, el maestro para todos. Don Enrique Molina. Contemplémoslo y saludémoslo con emoción, con gratitud. La creación de "Atenea" fue obra suya, le infundió su aliento, le dio su experiencia, le entregó su corazón.

Troquemos el símbolo del álbum por un ejemplar del primer número de "Atenea", y leamos párrafos del artículo de don Enrique Molina en que nos presenta a este hijo al cual tanto cariño le prodigó en sus treinta y seis años en que fue Rector de la Universidad, fundada por él junto con otros ilustres penquistas. Son esas palabras, como siempre fueron las suyas, de optimismo, de tolerancia, de estímulo a

\*Párrafo del discurso pronunciado el 30 de abril de 1964, en Santiago, en el acto de conmemoración de

los 40 años de "Atenea", ante autoridades de Gobierno, universitarias, escritores y colaboradores de la Revista.

la práctica en la juventud de aquellas virtudes de la inteligencia, del carácter, del sentimiento que conforman personalidades egregias.

Los conceptos allí estampados son tan actuales como cuando fueron escritos. Dice, entre otras cosas, don Enrique que "esta revista, como la Universidad que la sostiene, tratará de servir los intereses de la cultura en todas sus dimensiones. Desde los fundamentales de la industria y de la producción material, hasta los superiores del espíritu y los valores morales. Desde los de la región hasta los de la patria toda. Será en este sentido nacionalista; pero no de un nacionalismo estrecho, sino entendido: Primero, como amor al suelo del país y a sus pobladores, considerados en cuanto núcleos de fuerza en potencia, capaces de inmenso desarrollo, y segundo, como amor a la nación, en cuanto unidad de vigor dentro de la solidaridad de la raza y de la humanidad. La cultura no es algo que se pueda comprimir en los alrededores de la patria. Toma, es cierto, en cada época y lugar, caracteres inherentes a la nacionalidad o a la porción de pueblos que le han dado nueva vida; pero, por su naturaleza esencialmente espiritual, es humana. Entendemos, pues, encender una nueva luz espiritual de valor humano; luz modesta, si se quiere, pero bien inspirada".

Por eso quiso don Enrique que la revista naciera bajo el signo de la diosa de la inteligencia, "severa y sonriente a la vez".

¡Con qué unción leemos ese primer número de "Atenea" de abril de 1924! ¡Cuántas firmas jóvenes entonces, pero ya prestigiadas en las letras y la docencia! Descontado un trabajo de don Enrique Molina sobre "Psicología de los libros", encontramos varios tan interesantes como éste, entre los cuales debemos destacar un ensayo de otro gran maestro, don Enrique Marshall, sobre "Unamuno y el sentimiento de la inmortalidad", agudo, penetrante en la filosofía llena de misticismo del inmortal autor de *El sentimiento trágico en la vida*. Alone, ágil, sutil, personal, con esa gracia en el estilo que los años no han anquilosado, escribe sobre "La voluntad". El doctor Carlos Charlín traza con conocimiento y espontaneidad un tema de por sí grave y trascendental, "El programa espiritual de un universitario". Se insertan composiciones poéticas de dos poetas que han logrado renombre y consagración: Angel Cruchaga Santa María, Premio Nacional de Literatura en Chile, y Félix Armando Núñez, también Premio Nacional de Literatura en su patria, Venezuela. Eugenio Labarca hace un breve recuento de "Poetisas uruguayas". Y hay, además, trabajo de un escritor cuyo nombre debe subrayarse indeleblemente, el de Eduardo Barrios, el novelista de jerarquía universal, quien fue el primero que dirigió desde Santiago la revista.

En esta tarde de recuerdos cómo no traer a la memoria el de dos directores de "Atenea", fallecidos como Barrios. A Domingo Melfi, el crítico tan cordial y comprensivo, en cuya prosa de armoniosos períodos estimulaba a los jóvenes escritores sobre todo a aquellos que recogían su material de creación en lo auténtico del alma y la realidad de Chile. Expresión de ese arte de inspiración nacional fue el de otro director de "Atenea", de Luis Durand, el cuentista criollo, el de los relatos campesinos de tono eglógico.

Pero queda un director de "Atenea" que no hemos mencionado, felizmente vivo, en plena actividad, Raúl Silva Castro. De él sólo diremos que es tiempo ya de que se le reconozca y admire por su labor tan fecunda, acuciosa y útil como crítico e historiador de la literatura chilena.

En estas evocaciones sería injusto no recordar a don Carlos G. Nascimento, quien fue editor de la revista durante más de treinta años, labor que realizó con verdadero cariño y predilección.

¿Habría sido posible que "Atenea" hubiera continuado por el camino que le señaló don Enrique Molina, una vez que dejó él de ser Rector de la Universidad de Concepción, a no mediar la voluntad e inteligencia comprensiva de quienes le sucedieron en ese cargo? Pues bien, ello habría sido imposible si no se hubiera contado con el interés y la preocupación constantes que le han prodigado a "Atenea" el ex Rector David Stitchkin y el actual, doctor Ignacio González Ginouves. El nombre de ellos ha de quedar inscrito relevantemente en los anales de la revista.

En su nutrido índice figuran nombres de escritores, sabios, poetas, catedráticos, de todas las jerarquías, sin más credenciales que el aporte de verdad y belleza a la colectividad. Las figuras más representativas de nuestra cultura han colaborado en "Atenea". Asimismo, desde sus páginas, los jóvenes han tenido la oportunidad de difundir sus trabajos.

Por la variedad de estudios literarios, artísticos, científicos publicados, registra "Atenea" la historia viva del proceso cultural chileno en los últimos cuarenta años. Nada la ha limitado siguiendo el lema de nuestra Universidad de que su misión es contribuir al "desarrollo libre del espíritu".